

El Jesús histórico y el Cristo de la fe

Pedro Trigo s.j.



Los cristianos nos caracterizamos por el seguimiento de Jesús. Esta proposición ¿es una mera declaración de principios o describe empíricamente la dirección vital de quienes se llaman cristianos? ¿Es sólo una doctrina que se profesa o un horizonte real que mide para la propia conciencia el grado en que uno es cristiano? Los cristianos ¿nos sentimos contentos cuando nos esforzamos en seguir a Jesús y vacíos cuando no lo hacemos? ¿El seguimiento de Jesús es el parámetro que define nuestras vidas?

Un modo de averiguarlo, al menos negativamente, es preguntarnos cuánto sabemos sobre Jesús de Nazaret y si nos dedicamos a saber siempre más, porque ¿cómo vamos a seguir a una persona a la que desconocemos? Y si no conocemos a Jesús ¿qué relevancia van a tener para nuestras vidas los dogmas que profesamos sobre su(s) naturaleza(s) y su persona?

Por eso, nuestro planteamiento sobre la relevancia del Jesús histórico para el Cristo de la fe.

La cristología preconiliar marginaba al Jesús histórico

La cristología preconiliar se componía de dos tratados: El primero se titulaba *De Jesu, legato divino* y el segundo *De Verbo incarnato*. En ninguno se hacía presente la historia de Jesús de Nazaret. El objetivo del primero era demostrar que Jesús era el enviado de Dios. Las pruebas eran los hechos sobrehumanos de Jesús, aquellos que revelan que no era un simple ser humano. Éstos eran los milagros, bien sobre la naturaleza, bien sobre los cuerpos enfermos o los demonios, bien sobre los pecados, o su presciencia. Estos actos puntuales eran indicios fehacientes de que Jesús era el envidado plenipotenciario y por tanto último y definitivo de Dios. Este tratado pertenecía a la teología fundamental. En él las pruebas se encaminaban a certificar que Jesús no era sólo un ser humano. Por tanto su vida humana como tal quedaba completamente de lado. El tratado se centraba en lo otro, en lo sobrenatural. El segundo tratado calificaba a eso sobrenatural como propiamente divino: actos del Verbo encarnado, de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. En este tratado la historia de Jesús no tenía ninguna cabida. El sujeto no era Jesús de Nazaret sino el Hijo eterno de Dios. De él se decía que se había hecho carne para salvarnos porque era menester que fuera un ser humano el que satisficiera a Dios por los pecados humanos, pero la humanidad de ese ser tenía que ser la del Hijo de Dios para que la satisfacción fuera digna de Dios. Se aseguraba que una sola gota de sangre, por ejemplo de

la derramada en la circuncisión, habría bastado para satisfacer a Dios. Pero quiso sufrir muerte de cruz para mostrarnos más su amor e inspirarnos horror al pecado. Así pues la historia de Jesús pertenecía a la ejemplaridad, es decir en rigor a la espiritualidad y la moral, no a la teología.

Como se ve, la falta de relevancia del Jesús histórico se debe a la noción de salvación. Lo humano no era despreciable, y ya hemos dicho que lo humano de Jesús era un material estimable en moral y espiritualidad; pero la salvación, tanto en su vertiente negativa como positiva, era enteramente sobrenatural. Sólo una persona infinita podía desagrar al ofendido por nuestros pecados que es la majestad infinita de Dios; y sólo el Hijo de Dios nos puede introducir en Dios como hijos en el Hijo. Nos salva, pues, Dios mismo a través de su Hijo. Lo relevante es lo divino de Jesús. Su carne es imprescindible para padecer como víctima inocente. La salvación no acontece por las acciones que forman la trama de la vida de Jesús sino por la aceptación de sus padecimientos por nosotros, para nuestra salvación.

En esta manera de entender la salvación y por tanto la obra de Jesús, la historia de Jesús de Nazaret no tiene carácter revelatorio. Sabemos de antemano quién es Dios y quién es el ser humano, en qué consiste el pecado que nos aparta de él y por tanto nos condena, y también cuáles serían las condiciones que tendrían que cumplirse para quedar Dios satisfecho y nosotros libres del pecado.

El Jesús histórico desde la fe de la Iglesia

Sin embargo para nosotros, como para el Vaticano II, Jesús es el revelador a la vez de Dios y del ser humano, de los designios de Dios y del destino de la historia, ya que revela que los seres humanos estamos destinados a ser en él hijos de Dios, es decir que revela a Dios como Padre y el destino de la historia trascenderse en la misma comunidad divina. Si a Dios nadie lo ha visto jamás y es Jesús el que nos lo ha revelado; si nadie sabe lo que hay

en el ser humano y es Jesús el que nos lo ha mostrado; si el camino de la vida es una senda incierta que parece perderse en la muerte y él como camino nos ha mostrado la senda de la vida, sólo desde la vida de Jesús puede llegarse realmente a Dios relacionándose con él como hijos, sólo desde ella, es decir siguiéndolo, puede la humanidad constituirse en humana.

Éste fue el convencimiento que llevó a la segunda generación de cristianos, que no había conocido a Jesús, a componer los evangelios a partir del testimonio de los que habían estado con él desde que Juan predicaba en el desierto, a los que se había dejado ver resucitado. Así pues para nosotros los evangelios son textos fehacientes en los que, desde la vida de Jesús, nos revela Dios tanto el designio que tiene sobre la humanidad y el modo de realizarse ese designio, como quién es él mismo que se nos entrega en Jesús, y quiénes somos los seres humanos desde el designio de Dios, y el camino para llegar a constituirnos en humanos, que no es otro que el propio Jesús, arquetipo de humanidad. Todo esto se les desveló progresivamente a los discípulos tras la Pascua. A esa luz, desde esa participación del Espíritu de Jesús de Nazaret y de su misión, relejeron la vida de Jesús de la que habían formado parte como discípulos, y la fueron plasmando en lo que tenía de paradigmático, a partir de las situaciones en las que se encontraban las comunidades y la misión y tomando en cuenta la cultura de los destinatarios.

Los evangelios no pretenden, pues, componer lo que modernamente llamamos biografías de Jesús. No es el interés historiográfico o la mera simpatía por el personaje lo que los llevó a componer su historia. Rescatan su historia en cuanto la sienten actual, viva, interpelante para ellos. Ésta es la episteme de los evangelios: la fe en Jesús resucitado como fuente de vida para las comunidades y el convencimiento de que también es fuente de vida para todos los seres humanos lleva a rescatar la historia de Jesús, porque ella, es decir lo que Jesús ha llegado a ser a tra-

vés de ella, es el camino que conduce a la vida. Toda empresa historiográfica es una construcción del historiador en base a los materiales que posee, al conocimiento que tiene del contexto y a su método y capacidad de comprensión, pero todo eso desde la particular inserción del historiador en su propia cultura y tiempo. Pues bien, en el caso de los evangelios se establece un círculo hermenéutico entre Jesús como nuestro futuro, el que está por venir y hacia el que vamos, el que se relaciona con cada uno de nosotros atrayéndonos con su prestancia humana desde el seno de Dios, que es nuestro destino, y Jesús de Nazaret que nació en tiempos de Herodes y Augusto, que fue bautizado por Juan, que predicó la inminencia del reino de Dios como gracia salvadora y lo hizo presente con sus palabras y obras, con su persona, que fue reconocido, en efecto, por las multitudes como enviado de Dios, pero que fue condenado a muerte por las autoridades judías que lo entregaron a los romanos para que lo crucificaran. Así pues los evangelios se refieren a una persona que ha vencido la muerte, que tiene futuro, y la proponen como vida para los destinatarios.

La salvación no acontece por las acciones que forman la trama de la vida de Jesús sino por la aceptación de sus padecimientos por nosotros, para nuestra salvación.

Los evangelios no pretenden, pues, componer lo que modernamente llamamos biografías de Jesús. No es el interés historiográfico o la mera simpatía por el personaje lo que los llevó a componer su historia. Rescatan su historia en cuanto la sienten actual, viva, interpelante para ellos.

Es el propósito de que Jesús dé vida actualmente el que compromete a los evangelistas en anunciar la verdad sobre Jesús pues precisamente en su vida está la vida. En esto consiste la epistemología de los evangelios. Se trata de una fidelidad dinámica, de una reconstrucción creativa, pero fidedigna. En esta capacidad de establecer la correspondencia entre lo que Jesús dijo e hizo en su situación y el sentido de esos acontecimientos para la situación de los destinatarios de modo que la actualización no sólo

no desfigure lo de Jesús sino que lo revele, que ponga de relieve su trascendencia salvífica, reconoció la Iglesia la asistencia especialísima del Espíritu de Jesús, que al ser el de Jesús tiene poder para revelar el misterio de su vida.

Esa trasposición de registros se ha de hacer cada vez que se trasmiten los evangelios en una situación nueva, nueva por la novedad del tiempo histórico, es decir de otra época, de otra cultura. Así la predicación del evangelio y las cristologías que en parte salen de ella y a la vez le sirven de apoyo siempre operan una trasposición, son una relectura, una construc-

ción. Pero, como en el caso de los evangelios, aspiran a no deformarlos, aunque son conscientes de que siempre los empobrecen.

Para hacer la trasposición es necesario operar su deconstrucción. En efecto, la conciencia de la distancia exige ser mediada. Hay términos y situaciones que no se entienden o que se entienden de otro ° se induce el equívoco. También hay que percatarse del estatuto literario de cada unidad: es distinto que quieran narrar un hecho a que

pretendan representar una idea; hay que sopesar cuándo estamos ante un lamento profético o una meditación sapiencial o un rasgo apocalíptico. Para esto hay que conocer los géneros literarios tanto del judaísmo como del helenismo, como las características redaccionales de cada evangelista. Desentrañado el texto hay que distinguir qué elementos nos son presentados como propios de Jesús o de su entorno, y

cuáles son interpretaciones verdaderas y más o menos penetrantes, pero en todo caso postpascuales, de lo que aflora en esa escena.

Ahora bien, el presupuesto que dirige todas estas operaciones es que los hagiógrafos están interesados en contarnos la verdad sobre Jesús y que comprometen su palabra en que no intentan otra cosa sino que aflore el personaje Jesús con el misterio de que es portador, y no menos que estaban capacitados para hacerlo, más que los creyentes que hemos venido después y más que cualquier historiador que ponga toda su ciencia en el empeño.

El Jesús histórico de los investigadores comprometidos con Jesús

Hasta ahora hemos hablado del Jesús de la historia tal como lo plasmaron desde su fe los evangelistas, que para nosotros son testigos fehacientes. Sin embargo la expresión Jesús de la historia se usa también con otro sentido: la construcción a la que llegan con mayor o menor probabilidad y acierto los historiadores a través de los materiales que han llegado hasta nosotros sobre Jesús de Nazaret, tanto directos como indirectos, entre los que cobran una relevancia indiscutible los evangelios. Cada historiador o cada escuela parte de sus propios presupuestos, de su aparato conceptual y de su método, que comprende los criterios para sopesar el grado de probabilidad de que un material provenga de Jesús de Nazaret o dé cuenta fehacientemente de él. Es claro que lo que se puede probar, pocas veces con certeza histórica, frecuentemente con mayor o menor probabilidad, es mucho menos que lo que se tiene a mano. Habrá materiales que se desechan como incompatibles con lo que se sabe ciertamente de Jesús, pero muchos otros quedarán simplemente en suspenso. Así pues, esta imagen es obviamente más pobre, mucho más pobre, que lo que se supone que fue Jesús o que las imágenes que nos transmitieron los testigos evangélicos.

Sin embargo tampoco esta búsqueda del Jesús histórico desde el

punto de vista historiográfico fue desinteresada. La llevaron a cabo personas vivamente interesadas por la figura de Jesús de Nazaret, muchos de ellos podemos decir comprometidos con él y en ese sentido cristianos, aunque fuertemente prejuzgados sobre el Cristo dogmatizado de las Iglesias. La sospecha de que el Cristo de la fe no corresponda con el Jesús de la historia se ha revelado fecunda. Ella no fue posible cuando los investigadores eran los mismos representantes de la institución eclesiástica. Cuando los investigadores ya no se comprendieron dentro de la institución, era normal que desconfiaran de su capacidad de comprender a Jesús, incluso de su respeto por su figura y que hasta se preguntaran si no lo utilizaron para sus propios fines; en definitiva la sospecha de si una institución absolutizada no relativizó a Jesús sacralizándolo como el icono sagrado que ellos representaban e interpretaban. La fuente de esa sospecha fue la poca confianza que les merecía la institución eclesiástica contemporánea de ellos. Liberar a Jesús de su secuestro para conectarse directamente con él expresa su inmenso aprecio por Jesús a pesar del desprecio que sentían por los que actuaban como sus representantes. Así pues el Jesús de la historia pretendió ser un Jesús sin Iglesia, es decir la búsqueda del propio Jesús.

Lo que se evidenció en el transcurso de la investigación es la imposibilidad de separar a Jesús de algún tipo de interpretación. Al desechar a priori las interpretaciones de los discípulos, las sustituyeron inconscientemente por las suyas propias. Por eso el resultado no fue Jesús desde sí mismo sino el Jesús de los investigadores, la proyección ideal de su ideal humano o de su concepción del genio religioso o del sabio o del profeta o del maestro.

Al hacer el balance de las vidas decimonónicas, nacidas de la convergencia de la joven ciencia de la historia y de la teología universitaria protestante alemana, lo fundamental no son los resultados sino que plantean cuestiones que hoy también resultan inexorables.

La sospecha de que el Cristo de la fe no corresponda con el Jesús de la historia se ha revelado fecunda. Ella no fue posible cuando los investigadores eran los mismos representantes de la institución eclesiástica.

Lo mismo que la Iglesia primitiva después de la proclamación kerigmática regresó a la figura histórica de Jesús y al recuerdo del Crucificado, así la teología no puede abandonar hoy el terreno de los relatos evangélicos sin perder una parte de su propio fundamento.

Así pues, sabiendo que no hay que tomar los evangelios de modo fundamentalista ni como una biografía moderna, sin embargo sí nos trasmiten a Jesús de Nazaret.

Se centran en la relación entre la persona de Jesús, predicada por los discípulos tras la Pascua, y su mensaje del Reino, centro indiscutible de interés del Jesús prepascual. Esta relación revela a Jesús como interior al Reino por su pretensión de autoridad, que la Pascua ratifica y culmina, pero que ya estaba actuante en su vida mortal. Esta pretensión escatológica resulta inasimilable para la ciencia histórica moderna, que se funda en el principio de homogeneidad y analogía de todos los hechos históricos que forman un sistema que excluye acontecimientos únicos y personajes definitivos.

En esto se fundamentó la teología dialéctica para insistir en que, si es inherente a Jesús su carácter escatológico, su figura es inaccesible a la ciencia histórica, por lo que hay que contentarse con dar fe al kerigma proclamado en la Iglesia. Sin embargo, precisamente al asumir este aspecto decisivo, se rescata la pertinencia de lo histórico en la teología, so pena de recaer en el fideísmo: creer en Jesús sin saber nada de él. Ésta fue la conclusión de los postbulmanianos, que dio origen a la segunda investigación sobre Jesús. Lo mismo que la Iglesia primitiva después de la proclamación kerigmática regresó a la figura histórica de Jesús y al recuerdo del Crucificado, así la teología no puede abandonar hoy el terreno de los relatos evangélicos sin perder una parte de su propio fundamento. La referencia de los apóstoles al Jesús de la historia tiene una significación precisa para la fe: la acción de Dios precede a la fe. De ahí la pertinencia de la historia en la teología. El de una vez por todas escatológico pertenece indisolublemente a la historia y a la fe. La articulación de la historia en la teología es la tarea de la teología de hoy: fundamentar de nuevo la proclamación de la fe, el kerigma, en el relato de lo que ha pasado; fundamentar lo que permanece de una vez por todas en lo que sucedió una vez, tal como fue proclamado cuando se produjo. El discurso teológico estaba organizado en torno a conceptos del dogma y ahora deberá tomar como punto de partida y como control el relato

evangélico, ya que la revelación de Jesús por Dios y la de Dios por Jesús nos ha sido entregada en este relato, inseparable de él. Como se ve, el sujeto de esta segunda investigación es el teólogo que aprende a leer el evangelio a la doble luz de la historia y de la fe, sabiendo que esa doble luz no es necesariamente convergente.

La tercera investigación mantiene de algún modo los presupuestos de la primera, y por eso, a pesar de que está inmensamente mejor pertrechada que ella a nivel científico, también comparte los mismos peligros de sustituir el canon de la Iglesia por la propia sensibilidad. Sin embargo poco a poco va tratando de separar lo proyectivo interpretativo de los métodos de investigación, tanto los de investigación textual como los de contextualización histórica.

No tenemos suficiente perspectiva histórica, pero tal vez habría que decir que en la segunda mitad del siglo XX se trabajó de un modo continuo, es decir que los investigadores fueron muy numerosos y formaron una comunidad virtual que recibía los resultados y los cribaba incesantemente. Así gradualmente fueron apareciendo algunos consensos generalizados tanto en el método como en los resultados.

La impresión de fondo es muy sorprendente: después de un recorrido tan largo y laborioso, después de trabajar con la sospecha de las fuentes evangélicas como hipótesis, se va llegando a la convicción de que lo que ellas nos dicen sobre Jesús de Nazaret es fundamentalmente confiable. Esto es tanto más admirable cuanto que se ha dado como algo aceptado la creatividad de los discípulos, más aún el que ellos no pretendieron simplemente contar una historia sino proponer a Jesús como el enviado de Dios para la salvación del pueblo judío y de todo el mundo, y por eso lo que se evoca de Jesús se evoca para suscitar la fe y según las circunstancias lo sugieren. Así pues, sabiendo que no hay que tomar los evangelios de modo fundamentalista ni como una biografía moderna, sin embargo sí nos transmiten a Jesús de Nazaret.

Dos datos que queremos subra-

yar son: El primero, que es punto de partida insoslayable, que Jesús se movió dentro de la cultura y religión judía y por tanto dentro del Mediterráneo del siglo I. Por tanto estos contextos son claves indiscutibles para interpretar los datos que poseemos sobre Jesús. Pero el segundo punto que hay que anotar es que fue asesinado y que en su ejecución intervinieron tanto las autoridades judías como romanas. Así pues sus hechos y dichos encierran contrapuntos serios con las direcciones dominantes de estas sociedades. Lo que no significa que las contradicciones no sean en cierto modo internas, aunque no se puede descartar también la presencia de una verdadera trascendencia.

BIBLIOGRAFÍA:

WRIGHT, *El desafío de Jesús*. Desclée, Bilbao 2003, 17-43

AGUIRRE, Estado actual de los estudios sobre el Jesús histórico después de Bullmann. *Estudios Bíblicos* 54 (1996) 433-463

VARGAS-MACHUCA, La investigación actual sobre el Jesús histórico. *Estudios Eclesiásticos* 300 (2002) 3-71

KLAUSNER, *Jesús de Nazaret*. Paidós, Buenos Aires 1971, 68-118

MOINGT, *El hombre que venía de Dios*. Desclée, Bilbao 1995, I 161-179; II 9-15

SOBRINO, *Jesucristo Liberador*. Trotta, Madrid, 1993, 59-92

SCHILLEBEECKX, E., *Jesús, la historia de un viviente*. Ed. Cristiandad, Madrid 1981, 54-80.

GONZALEZ FAUS, J. I., *La humanidad nueva*. Sal Terrae, Santander 1984, 19-50

MEIER, *Un judío marginal*, tomo I. Verbo Divino, Estella 1998, 47-64

•••••
Pedro Trigo s.j. Miembro del Consejo de Redacción